

REPUBLICA DEL ECUADOR

TOMO XXIII } Año 23.—Noviembre de 1906 } N° 157

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

X OPUSCULO INEDITO

DE

DON FRANCISCO JOSE DE CALDAS

DADO POR EL JLMO. Y RMO SR. DR. DN.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

ARZOBISPO DE QUITO

INTRODUCCION

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Memoria sobre las Quinas de la provincia de Loja. — Autenticidad del manuscrito. — Breves consideraciones sobre la persona de Don Francisco José de Caldas. — Caldas considerado desde un punto de vista científico. — Caldas como literato. — Caldas como patriota. — ¿Qué fué la revolución de nuestros mayores para emancipar las colonias? — Juicio de Caldas acerca del estado social de Quito y de Cuenca. — Rectificaciones necesarias. — Escritos de Caldas. — Su mejor biografía. — Honores tributados á Caldas en Colombia. — Un deseo personal nuestro.

I

CUANDO acometimos la empresa de escribir la *Historia General de la República del Ecuador*, buscamos, con gran diligencia, cuantos documentos pudieran servirnos para alcanzar á formar un concepto

cabal de nuestro complicado asunto; y, entre los papeles antiguos que logramos recoger, tuvimos la fortuna de encontrar un manuscrito de Don Francisco José de Caldas sobre las quinas de nuestra provincia de Loja, visitada y estudiada por aquel sabio, ahora más de un siglo.

Como todo lo que salió de la pluma de aquel varón insigne merece conservarse con esmero y pasar á la posteridad, hemos juzgado que sería muy conveniente publicar por la imprenta ese opúsculo, juntamente con los planos trabajados también por el mismo Caldas.

La memoria de Caldas ha permanecido inédita hasta ahora; pues, aunque se sabia la existencia de ella, nadie la habia dado á luz todavía; además, las copias, que de ella se conservaban, eran incorrectas, lo cual hacia muy difícil una edición exacta y digna del público.

Nuestro manuscrito es bastante correcto, y tiene la ventaja de haber sido comparado con el original de Caldas, según consta del testimonio expreso del Dr. Dn. Juan de Dios Morales, (uno de los próceres de nuestra emancipación política de España), á la sazón Secretario del Presidente Carondelet. — Nuestro manuscrito lleva la firma autógrafa de Morales, con la cual está autorizado.

Como preámbulo á la MEMORIA SOBRE EL ESTADO DE LAS QUINAS EN GENERAL Y EN PARTICULAR SOBRE LA DE LOJA, no será por demás que digamos cuatro palabras acerca de su autor: no es una biografía lo que nos proponemos escribir, sino unas observaciones muy breves y ligeras: tampoco es el elogio de Caldas lo que pretendemos hacer ahora; ni este sería el lugar más oportuno para hacerlo, porque nosotros, ante todo, queremos seguir siendo historiadores de la Expedición Botánica de Bogotá y nada más: nuestro propósito principal es el de narrar no el de elogiar.

Hemos escrito la Historia de la Expedición Botánica de Bogotá en el siglo décimo octavo, y cuanto ahora vamos á decir respecto de Caldas no es propiamente sino una página de esa historia; la última página de esa historia, que comienza con las apacibles labores de la Ciencia y acaba con las sangrientas fatigas de la guerra.

En Caldas conviene considerar al naturalista, al literato y al patriota, pues Caldas fué, á la vez, naturalista, literato y patriota; y, desde esos tres puntos de vis-

ta considerado, sus merecimientos son extraordinarios.

II

No era deseo, era hambre, y hambre insaciable, la que de Ciencia tenía Caldas: las Matemáticas, la Geografía, la Geodesia, la Mineralogía, la Zoología, la Botánica, la Meteorología y la Astronomía fueron las Ciencias, que desde un principio comenzó á estudiar: después se dedicó á la Náutica, á la Ingeniatura y á la Fortificación: cultivó la Física, y en ella fué eminente: no ignoraba la Topografía ni le eran desconocidas la Estadística y la Economía Política.

Si la edad en que perdió la vida no hubiera sido tan temprana, Caldas, indudablemente, habría llegado á poseer conocimientos profundos en Ciencias naturales, y habría hecho grandes progresos en Astronomía: de ingenio agudo y perspicaz, de inteligencia clarísima: constante en el estudio; indiferente á todo otro amor que no fuese el de la Ciencia; observador asiduo de todos los fenómenos naturales, sin que se le pasara desadvertida ni la más leve circunstancia, ¿no habría progresado admirablemente en sus conocimientos científicos?

Pero ¿dónde había aprendido Caldas los rudimentos de las Ciencias? ¿Cuáles habían sido los maestros que le iniciaron en los secretos de ellas? ¿De qué libros había podido servirse? ¿Con qué instrumentos había contado para hacer observaciones?... Nacido en Popayán, una de las ciudades más antiguas del Virreinato de Santa Fe, y entonces ya bastante decaída, en el colegio seminario de ella fué donde recibió la enseñanza secundaria, que en aquella época se solía dar á los jóvenes en los colegios de la atrasada y empobrecida colonia. ¿Qué elementos eran los que se enseñaban entonces?..... De preferencia esos elementos eran los de la filosofía especulativa, siguiendo siempre el sistema escolástico: unas cuantas nociones elementales de Matemáticas, y algo, muy poco, de Ciencias físicas: no obstante, esa luz, con ser tan escasa, fué poderosa para iluminar la mente privilegiada de Caldas: esos rudimentos de las Ciencias, con ser tan pocos, despertaron su ingenio, le inspiraron el anhelo del saber y de tal modo aguijonearon su espi-

ritu, que, una vez encontrado el camino de la Ciencia y dado el primer paso en busca de ella, ya el reposo le fué imposible: estudió, investigó; consagrado á meditaciones solitarias y profundas, descubrió leyes naturales, antes desconocidas, y, falto de instrumentos científicos, los construyó él mismo, con sus propias manos. Caldas, todo cuanto supo, y supo mucho, todo lo debió á los esfuerzos de su propio ingenio: maestros en las Ciencias físicas no los tuvo: los libros en que estudió fueron los pocos libros, que en la colonia había entonces: libros escasos y que llegaban tarde á nuestras ciudades, en las cuales, por lo mismo, se ignoraban completamente los descubrimientos verificados en Europa, ó se sabían demasiado tarde. ¡Qué dudas no atormentaron á Caldas con ocasión de su descubrimiento acerca de la posibilidad de medir las alturas por medio del termómetro!..... Estudiaba en los tratados de Física que tenía á la mano; meditaba, reflexionaba, se maravillaba de que una observación tan obvia no se le hubiese ocurrido antes á ningún otro autor, y se quedaba perplejo, desconfiando modestamente hasta de las fuerzas mismas de su propio ingenio!.....

Caldas amaba la Ciencia; la amaba con pasión: la Ciencia era el único amor de Caldas: estaba enamorado de ella: durante toda su vida vivió cautivado por el amor de la Ciencia, y, cuando se le intimó en la cárcel la sentencia de muerte, su ánimo se turbó, flaqueó un momento y sintió perder la vida, únicamente porque la muerte le divorciaba para siempre de la Ciencia, cuyo cultivo había constituido el inefable encanto de su existencia toda

Entre las dotes propias del sabio, y principalmente del naturalista, poseía Caldas la constancia: constancia inquebrantable, constancia asombrosa, á la cual ni las enfermedades, fueron poderosas para hacerla desmayar. Provisto de sus queridos instrumentos, viajaba Caldas: barómetro en mano, ascendía y descendía por la cordillera de los Andes, observándolo todo, poniendo en todo sus ojos de sabio, sin que cosa alguna se le pasara desapercibida; sus viajes eran peregrinaciones científicas, en las cuales se detenía á cada paso, para repetir, con una tenacidad admirable, sus experimentos sobre la relación entre la temperatura del agua hirviendo y la presión atmosférica, curioso descubrimiento suyo.

Concebía proyectos vastísimos, se trazaba planes laboriosos para el adelanto de las Ciencias, y se deleitaba con la halagadora esperanza de realizarlos: suya fué la idea del viaje científico por todas las provincias del Virreinato de Santa Fe, por Centro-América, por Méjico y las Antillas, para escribir la Historia natural de todo el hemisferio septentrional americano: suyo, el plan enciclopédico, según el cual, ese viaje debía realizarse; y ya se imaginaba entrando en Bogotá y presentándose á Mutis, con herbarios copiosos, con muestras de minerales, con animales disecados, con planos de ciudades, con mapas corográficos, con láminas iluminadas, con la carta geográfica de todo el Virreinato, con observaciones astronómicas, con medidas barométricas y con los volúmenes manuscritos, en que se describieran las costumbres de los pueblos y se diera á conocer el estado en que se encontraba la civilización en el Nuevo Reino de Granada

Caldas verificó algunos viajes parciales en el territorio que tiene actualmente la República de Colombia, y recorrió toda la meseta interandina en la República del Ecuador, desde Tulcán hasta Loja: se internó en los valles montuosos de Intag al occidente de la ciudad de Ibarra; estudió en la provincia de Esmeraldas las hoyas del Mira y del Santiago; descendió á los bosques occidentales de la provincia de León; visitó dos veces el cráter del Pichincha; entró una vez en el del Imbabura; levantó una carta hidrográfica de la comarca de Intag y delineó, con proligidad científica y concienzuda, el camino del Malbucho, que habia de poner en comunicación la ciudad de Ibarra con el puerto del Pailón en el Pacífico.—La geografía de nuestra República le es, pues, deudora á Caldas, de servicios importantísimos, de los cuales, por desgracia, no han logrado aprovecharse los geógrafos posteriores. Cuando el Jefe español condenaba á muerte á Caldas ¿caeria en la cuenta de que mancillaba la honra de la Madre Patria? Una cabeza pensadora menos, un eslabón más en la cadena de las colonias!! Hé ahí todo el proceso, con que se le privó de la vida á Caldas!!!

III

Como literato, los escritos de Caldas son primorosamente trabajados. Conocía mucho la indole de la lengua castellana, y la manejaba con propiedad, con soltura y con elegancia: su lenguaje es claro; su dicción, castiza, y su sintaxis ordinariamente correcta. Escribía con facilidad, con desembarazo, con nítida claridad.

Su estilo es hermoso, é instruye y deleita.—Dotado de una alma delicada, sentía Caldas la belleza, que despiden de sí las escenas de la naturaleza, y sabía trasladar á su estilo los encantos con que recreaban su alma y excitaban su imaginación la vista y contemplación científica de los fenómenos naturales: á veces deja la pluma del filósofo, y toma el pincel del artista, y da tales toques de luz, y traza líneas tan primorosas, y distribuye tan graciosamente los colores, que algunos de sus párrafos son verdaderos cuadros, en que el geómetra y el botánico popayanense compite con el autor de los *Estudios de la naturaleza*. Y esa gracia es muy natural, y esos primores no son rebuscados: Caldas los derrama con encantadora naturalidad. Bernardino de Saint-Pierre ha creado en la moderna literatura francesa la escuela de los escritores descriptivos, en la cual la pluma hace veces de pincel: Caldas conocía las obras del literato francés, y nunca vició su estilo descriptivo, naturalmente galano, con adornos rebuscados ni con serviles amaneramientos.

Fontenelle, haciendo el elogio de Leibnitz, decía que la antigüedad helénica habia formado un solo Hércules, acumulando en sólo un héroe las hazañas de muchos personajes heroicos; pero que á Leibnitz habia que descomponerlo en diversos sabios, para poder hacer el elogio completo de un solo filósofo; tantos eran y tan variados los ramos del saber humano, que aquel gran pensador habia cultivado, con una fuerza de ingenio extraordinaria. De Caldas nos atrevemos nosotros á decir algo parecido: es necesario descomponerlo, y considerarlo desde tres diversos puntos de vista, para hacerse cargo de la grandeza de sus merecimientos.

IV

El 29 de Octubre de 1816, era llevado al patíbulo Caldas, y fusilado con otros tres compatriotas suyos: un Jefe militar, que, en nombre del Rey de España, dominaba en Bogotá, había condenado á muerte al pobre sabio, pronunciando contra él, con un cierto helado desdén, la sentencia de que fuese fusilado Y, á la hora señalada, el sabio fué sacado de la cárcel, y conducido al patíbulo, y muerto á balazos ¡La cárcel! Mándasele á Caldas que se hincue de rodillas en el suelo: conmovido, aterrado, obedece. Hincado de rodillas, con la cabeza profundamente inclinada y las manos recogidas sobre el pecho, orando, espera la descarga fatal. Como traidor, debía ser fusilado por la espalda; la terrible voz de mando se ha dado, la descarga suena. Caldas cae sobre su rostro, y, dando un alarido prolongado, espira Desatados, así tan violentamente, los lazos terrenales, el alma del sabio se entró serena á las misteriosas regiones de la eternidad, donde impera la Justicia y donde las pasiones de los hombres ya no tienen víctimas!! Traidores apellidaban los jefes peninsulares á todos los americanos, que habían buscado en la emancipación de las colonias el bienestar y el adelantamiento de estos pueblos, donde plugo á la Providencia hacerlos nacer: una virtud fué calificada como crimen, y el amor á la Patria se castigó como traición!!! El patíbulo! ¿Caldas era, acaso, un criminal? ¿Así, con muerte sangrienta, premiaba el Jefe español al varón sabio, que con su Ciencia, había contribuido á dar gloria al Rey de España, en cuyo nombre y con cuya autoridad, sin fórmula alguna de juicio, se lo condenaba á muerte; y, en la flor de su edad, se lo arrastraba al patíbulo, como si fuera un malhechor? ¡Ah! Caldas era un criollo: ¿qué importaba que fuese sabio? Una cabeza pensadora menos, un eslabón más en la cadena, con que aherrojar á los esclavos: tal ha sido siempre la lógica de los déspotas; y tal fué la lógica de Morillo, el pacificador ¡Qué satisfactorio es tomar el buril sagrado de la Historia, y estampar en sus páginas vengadoras maldiciones inmortales contra los déspotas! Así, el crimen queda castigado, y el corazón satisfecho.

El hecho trascendental de los esfuerzos verificados por nuestros mayores, para poner por obra la emancipación política de las colonias americanas, sacándolas del dominio de España con el fin de formar de ellas naciones independientes, suele ser, por desgracia, considerado todavía desde ese mismo punto de vista errado, desde el cual lo vieron el Gobierno español y los Virreyes y los Presidentes de las colonias, á principios del siglo pasado.—Ese punto de vista era errado, precisamente, porque falseaba el fin de la existencia misma y el motivo de la constitución de la autoridad civil en la sociedad humana: la autoridad ha sido establecida por Dios, para el bien general de los asociados; y, por lo mismo, hay trastorno del orden constituido por Dios, cuando aquellos, en cuyas manos está la suprema autoridad, no buscan el bien general, sino el medro particular, con quebranto y mengua del bien general.

Los Reyes de España se olvidaron de que los reyes son para los pueblos, y no los pueblos para los reyes; y, en el sistema administrativo con que gobernaron las colonias americanas, sacrificaban el bien general de éstas á las mal entendidas conveniencias económicas de la Península: no distinguieron las cosas, y confundieron los tiempos, y, con haber pasado ya trescientos años, las colonias eran todavía para Fernando Séptimo lo que fueron para Felipe Segundo.

Los gobernantes españoles no cayeron en la cuenta de que, con el transcurso de los tiempos, no puede menos de venir la mayor edad de los pueblos, y de que para éstos, así como para los hijos, llega, á su hora, el momento de la emancipación: nada de esto vieron, nada de esto se les ocurrió; y los españoles del tiempo de Fernando Séptimo se empeñaron en conservar el dominio sobre las colonias de América, empleando el mismo sistema, con que, hacia tres siglos, habían subyugado á las razas indígenas: la fuerza, el miedo, el terror; pero, la fuerza es débil contra el derecho, y el miedo y el terror, en vez de edificar, destruyen.

Si Morillo hubiera gobernado con acierto, la hora de nuestra emancipación política se habría retardado: la sangre de Caldas y de los demás patriotas le fué funesta á España; y Morillo, fusilando á Caldas, contribuyó, á su pesar, al pronto derrumbamiento de la monarquía española en el Nuevo Mundo!

Para Morillo, Caldas era un rebelde, un criminal: ¿rebelde, el que reclama un derecho? Criminal, el que se sacrifica por el bien de su Patria? ¡Patria!! ¿Y qué? ¿Por ventura, para los déspotas, los esclavos tienen Patria? Si los españoles hubieran gobernado bien, las colonias no se habrían emancipado. . . . El mal gobierno, he ahí la causa de la emancipación.

Caldas abrazó con entusiasmo la idea de la emancipación, y puso al servicio de ella su persona, su tranquilidad, su ciencia y su fecundo ingenio: improvisó piezas de artillería, dirigió la fundición de ellas, y tomó á su cargo todo el trabajo de la fortificación del ejército republicano. Notóse, con agradable sorpresa, que en Ingeniatura militar era tan diestro como en Ciencias naturales, habiendo sido en éstas como en aquella él mismo el maestro de sí propio.

Como ecuatorianos, el amor de la Patria nos impone el deber de hacer notar que Caldas no fué imparcial ni justiciero en las observaciones, que hizo sobre el estado de las costumbres en Quito y en Cuenca: su carácter austero era naturalmente inclinado á la exageración, y recargó los colores de sus cuadros, perdiendo la serenidad del sabio hasta descender, á veces, ¡quién lo creyera! á la ruindad del insulto y á la vileza del apodo Caldas era de ánimo impresionable, vehemente y apasionado: alababa con entusiasmo, y censuraba con una cierta cólera, que pudiéramos apellidar catoniana.

Sintió mucho la injuria que recibió de Mutis, cuando éste, al morir, lo pospuso á su sobrino Sinforoso en el cargo de primer Director ó Jefe de la Expedición Botánica, que, por cierto, en justicia Caldas se lo tenía bien merecido: amargas quejas vertió Caldas contra Mutis, viéndose así inesperadamente injuriado; pero, luego, serenado su espíritu, escribió el elogio del sabio; y, al escribirlo, no se acordó sino de los merecimientos, que, en el cultivo y en la enseñanza de las Ciencias, Mutis se había granjeado.

Han pasado los tiempos, y, como sucede siempre, á las generaciones contemporáneas, de ordinario apasionadas, ha sucedido ya para Mutis y para Caldas la posteridad justiciera, sin envidias ni apasionamientos; y los

nombres de Mutis y de Caldas aparecen juntos, brillando con la aureola de la gloria en el cielo sereno y apacible de la Ciencia.

Añadiremos una palabra más sobre la impresión que causaron en esta República los escritos, en que Caldas formaba juicios tan desfavorables acerca de Quito y de Cuenca, las dos principales ciudades que entonces había en el Ecuador.

Los manuscritos del viaje de Caldas por las provincias de la República del Ecuador el año de 1804, permanecieron inéditos más de treinta años, hasta que, en 1849, los publicó el señor Coronel Acosta, en la nueva edición, que de los principales artículos del *Semanario de la Nueva Granada* hizo aquel año en París. Divulgado el *Semanario* en la nueva edición europea, llegó también á Cuenca, donde fué leído por el Padre Fray Vicente Solano, religioso franciscano, y, sin disputa, el hombre más erudito, que había entonces en el Ecuador.

El Padre Solano era ecuatoriano, nativo de Cuenca, y, leyendo lo que Caldas había escrito acerca de su ciudad natal, no pudo menos de tomar la pluma para salir en defensa de ella. El escrito del Padre Solano se publicó en el año de 1851, en la misma ciudad de Cuenca; y, aunque el Padre ocultó su nombre con un pseudónimo, fué éste tan transparente, que no hubo nadie que no diera al instante con quien era el autor verdadero de la *Defensa de Cuenca*.

Hay á nuestro juicio una equivocación en el opúsculo del Padre Solano. La descripción, que de Cuenca hace Caldas, no es general y se refiere á lo que *era* Cuenca, cuando la visitó Caldas: el Padre Solano defiende á Cuenca, con celo, y extiende su razonamiento aún á tiempos, á los cuales Caldas no se refirió. Diatriba virulenta y no descripción es la que hace Caldas: el Padre Solano escribe con calma, y no se deja llevar de su genial inclinación, tan propensa al donaire y tan amiga de la sátira: se respeta á si mismo, y respeta á Caldas: rectifica los juicios apasionados del viajero, y tributa elogios al sabio (1).

(1) El opúsculo del Padre Solano se titula «*Defensa de Cuenca por F. Tevince Nolas*.—Cuenca, 11 de Marzo de 1851.—Por Diego Ruiz.»—Es un folleto pequeño, de veinte páginas.

En la edición, que de todas las obras del Padre Solano se hi-

Menos conocida que la defensa de Cuenca escrita por el Padre Solano, es la que hizo de Quito el señor doctor don Agustín Salazar. La ocasión con que la publicó fué la siguiente.

El año de 1830, catorce después de la muerte de Caldas, dió á la imprenta Mr. Mollien, viajero francés, la Relación de su viaje por Colombia; y, en el volumen segundo de su obra, insertó en las notas (traduciéndola al francés), la parte del viaje de Caldas relativa á Quito y á Cuenca.

El señor Salazar salió en defensa de Quito: la descripción, que de Quito hacia Caldas, le pareció que no era de Caldas, pues era moralmente imposible que persona tan honorable como Caldas fuera autor de la descripción que se le atribuía. Por desgracia, la descripción era de Caldas, y la pluma del sabio no había estado gobernada por la sabiduría.....

La defensa del señor Salazar ha pasado del todo desarvertida entre nosotros: carecía el señor Salazar de las dotes de escritor, y así no es extraño que no haya podido dar vida á su escrito. Su prosa es lánguida y desaliñada; su estilo oscuro, y su lenguaje tan poco elevado, que raya en vulgar. Si en su opúsculo hay algo laudable es la patriótica intención con que está escrito (1).

VI

Hasta ahora la mejor biografía que de Caldas se ha publicado, es la que escribió el señor Pombo: obra sin-

zo en Barcelona, la Defensa de Cuenca se encuentra en el Tomo primero.—*Obras de Fray Vicente Solano de la Orden de Menores en la República del Ecuador*.—Tomo 1.^o—Barcelona.—1892.

(1) El Folleto del señor doctor don Agustín Salazar en defensa de Quito tiene el título siguiente.—*El D. D. José Caldas.—Vindicación.—Diálogo en tres tardes*.—Es un opúsculo de treinta páginas. Quito.—Imprenta de Gobierno.—1832.

También el señor Salazar escondió su propio nombre bajo el seudónimo de Lizardo Zea Sagunat.—Los interlocutores son tres: Nicanor, Patriofeliz y Adeodato.—Nicanor, joven aficionado á la lectura: Patriofeliz, quiteño, erudito y grave: Adeodato, hombre del pueblo y ya viejo, pero sincero y observador.

La obra de Mollien consta de dos tomos, en francés y se inti-

cera, concienzuda y justiciera, es, á la vez, biografía y elogio, y seguirá siendo, como ha sido hasta ahora, la fuente principal, á la que tendrán que acudir en adelante todos los que quisieren escribir la historia de las ciencias en Colombia (1).

Popayán, la ciudad donde nació Caldas, ha determinado erigirle una estatua, y esta resolución ha sido confirmada por el Gobierno Supremo de la República, de modo que la estatua ya no será obra de solo Popayán, sino de la Nación entera. No obstante, según nuestro juicio, hay todavía otro monumento más noble, más excelso, que Colombia debe levantar á la memoria de Caldas, y es la publicación de todos sus escritos, en edición correcta y esmerada, reimprimiendo los que ya han visto la luz pública, y dando á la prensa los que permanecen inéditos todavía.

Para esta edición, que debería ser tan completa como fuera posible, convendría que se practicaran investigaciones diligentes en el Real Archivo de Indias en Sevilla y en la Biblioteca del Jardín Botánico de Madrid, á fin de publicar no solamente los manuscritos inéditos, sino también las cartas y los planos, que no pueden menos de existir en esos grandes depósitos, donde yace atesorada una asombrosa riqueza de documentos para la historia de las Repúblicas americanas, en el tiempo en que fueron colonias españolas (2).

tula:—«Viaje en la República de Colombia, en 1823, por G. Mollin.»—París, 1824. (La descripción de Quito se halla en el segundo volumen y forma parte de la nota segunda y está traducida al francés).

(1) La MEMORIA HISTÓRICA *sobre la vida, carácter, trabajos y servicios de don Francisco José de Caldas*, escrita por el señor don Lino de Pombo, es muy conocida.—Se publicó en Bogotá el año de 1852, como folletín de «La Siesta,» periódico que se redactaba entonces en aquella Capital, y después se ha reimpresso varias veces, en periódicos y en Revistas de la misma República de Colombia.

(2) El Supremo Gobierno de Colombia, por un decreto legislativo, sancionado el 13 de Setiembre de 1896, mandó levantar en Popayán una estatua á Caldas, confirmando lo resuelto un año antes por el Gobierno seccional del Cauca.

De los escritos de Caldas debiera hacerse una edición completa, con todo esmero y corrección, imprimiendo lo inédito y corrigiendo los errores, que afean ambas ediciones del *Semanario*, la de Bogotá y la de París. En esta edición convendría incluir la

Para concluir, diremos unas pocas palabras acerca del movimiento científico, que comenzó á notarse en el Virreinato de Santa Fe á fines del siglo décimo octavo.

VII

La influencia que Mutis ejerció en todo el antiguo Virreinato de Santa Fe, para el aprecio y el cultivo de las Ciencias naturales, fué poderosa, y, por una coincidencia feliz, cuando con la formación de la Expedición Botánica se había despertado ya la afición al estudio de las Ciencias naturales, ocurrieron otros sucesos, que dieron un impulso inesperado á los colonos: esos sucesos fueron la llegada de Bompland y del Barón de Humboldt, y la difusión de las obras de Buffón, traducidas al castellano.

Es increíble cuanto influyó la presencia de Humboldt en estas provincias no sólo para el aprecio de las Ciencias naturales, sino hasta para el adelantamiento político de la colonia: Humboldt fué recibido aquí con una especie de culto y de admiración, y su llegada á Quito se consideró como un acontecimiento raro, que conmovió hondamente á todas las clases sociales. Humboldt llegaba en momentos propicios: todavía estaban vivos los recuerdos, que en las familias principales de Quito y de Riobamba habían dejado los Académicos franceses: las obras de Bouguer y de La Condamine eran buscadas y leídas con avidez; y los Viajes de Ulloa pasaban de mano en mano no sólo para leerlos, sino para estudiarlos con entusiasmo.

Los ingenios americanos estaban cansados de la aridez de los estudios escolásticos, y ansiaban algo nuevo, que diera pábulo agradable á su anhelo de ciencia: la

correspondencia epistolar de Caldas: pues, por las cartas privadas que salieron á luz en el *Repertorio Colombiano*, se deduce la importancia que semejante correspondencia tiene para la biografía de Caldas y para el conocimiento cabal de sus labores científicas: así es muy de desear que se busquen las cartas de Caldas y que se coleccionen y examinen para darlas á la estampa en la edición completa de sus obras. Como lo decimos en el texto, este es el mejor monumento que se debe erigir á la memoria de Caldas: Colombia debiera levantarle.

lectura de la *Historia Natural* de Buffón les causaba, por lo mismo, un deleite encantador, una sorpresa interminable. ¿No había de sorprender y de encantar una obra, tan nueva y tan hermosamente escrita? Ya antes de que comenzara á circular la *Historia Natural* de Buffón, los escritos del Padre Feijoo habían causado honda impresión en las colonias, y, en Quito, hasta de memoria los aprendían algunas personas.

También Pluche y Strum eran autores conocidos y muy leídos en las principales ciudades del Virreinato, en las cuales no había biblioteca de convento ni de colegio que no poseyera un ejemplar del *Espectáculo de la Naturaleza*: los colonos buscaban el *Espectáculo*, y pagaban á precio de oro sus ejemplares.

Tampoco eran desconocidas ni la obra de Lacépede sobre los reptiles, ni el Sistema de la Naturaleza de Linneo. El *Teatro Crítico* y las *Cartas Eruditas*, el *Viaje á la América*, el *Espectáculo de la Naturaleza* y la *Historia Natural*; Feijoo y Buffón principalmente, contribuyeron á despertar los ingenios de los criollos en el Virreinato de Bogotá, é influyeron no sólo en lo literario sino hasta en lo político. Una vez despertado el deseo de saber, una vez creada la afición á la lectura, ¿qué podía refrenar la curiosidad del espíritu, en medio de una sociedad silenciosa y monótona, como era la de la colonia?

El francés era muy conocido por varios de los miembros de la Expedición Botánica, quienes, aunque no lo hablaban, lo entendían y lo traducían muy bien. Caldas leía obras en francés, y eso no sólo obras de ciencias y de Matemáticas, sino puramente literarias y amenas, como los *Estudios* y las *Armonías* de Saint Pierre. Lozano era zoólogo, y en su *Memoria sobre las Serpientes* está manifiesta la influencia de Lacépede; así como en Valenzuela, el Cura de Bucaramanga, se nota la influencia del *Semanario de Agricultura y Artes*, dirigido á los Párrocos, publicación muy recomendada por el Gobierno español. Recordemos que la dirección del *Semanario de Agricultura* estuvo algún tiempo confiada á Zea, uno de los miembros de la Expedición Botánica, discípulo predilecto de Mutis, á cuyas recomendaciones debía la buena acogida que tuvo en Madrid, á pesar de los denuncios, que contra su fidelidad al gobierno de la Metrópoli se habían recibido en la Corte.

En el último cuarto del siglo décimo octavo comenzó, pues, un notable movimiento científico en el Virreinato de Bogotá, y el cultivo de las Ciencias naturales se emprendió con una decisión y un entusiasmo sorprendentes: vino la guerra de nuestra emancipación y cambió todo. Ya nadie pensó en estudiar, sino en combatir; y, aunque nos independizamos de España, no, por eso, volvió á encenderse el fuego sagrado en el altar de la Ciencia: ese fuego lo enciende siempre la paz, y la paz ha estado desterrada hasta ahora del suelo colombiano. Del mar caribe al Amazonas, del Pacifico á las bocas del Orinoco, durante casi un siglo, ha estado resonando, con treguas muy cortas, el tumulto escandaloso de luchas fratricidas. ¿De qué bienes le es deudora la América española á la guerra civil?

Quito, 4 de Marzo de 1907.



FEDERICO,

ARZOBISPO DE QUITO.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Advertencia.—Esta INTRODUCCION la hemos conservado inédita hace algunos años.

